

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año IV.

Domingo 1.º de Mayo de 1892.

Núm. 106.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscritores. La correspondencia al director. Número suelto 15 céntimos.

La Juventud Literaria.

A LA PRENSA

Desde las modestas columnas de nuestra humilde publicación dirigimos un cariñoso saludo á la prensa española en general, y muy especialmente á la murciana de la que esperamos nos dispense las faltas que cometa nuestra inexperiencia, en el espinoso sendero que nos proponemos recorrer.

PROGRAMA

Este ya es conocido de nuestros lectores. Es el mismo que seguimos en nuestra primera época; ofrecer un periódico donde puedan colaborar todos los jóvenes amantes de la literatura, y proporcionar así una lectura instructiva y amena.

Nuestro periódico se publicará todos los domingos, y si el público nos dispensa el mismo favor que nos dispensó anteriormente, se convertirá en bisemanal, sin alterar el precio de suscripción.

Ya saben todos nuestros lectores lo que somos y lo que nos proponemos.

LA JUVENTUD es exclusivamente literario y nuestro lema moralidad, instrucción y recreo.

LA REDACCIÓN.

ADVERTENCIA

Todos los señores á quienes les remitamos el periódico, y no quieren honrar con sus nombres nues-

tras listas de suscripción, se tomarán la molestia de devolverlo á nuestra administración Apóstoles, 11, pues de no hacerlo así, los contaremos como tales suscriptores.

ELENA

De niña, fué una loquilla. No se podía con ella. Su afán constante era salvar los huecos de las peñas, correr hacia un estanque, hacia un coche á galope, y detenerse, cuando ya estaba encima del agua ó cuando no faltaba ni un palmo para ser atropellada por los caballos.

Elena era rubia, muy rubia, parecía una hija de la Gran Bretaña, trasplantada á tierra española. Pero su imaginación era esencialmente meridional.

Siempre sobreexcitada, aun cuando se encontrase bajo el influjo del sueño. Elena era presa de horribles y frecuentes pesadillas, de alucinaciones extrañas, de éxtasis incomprendibles, durante los cuales, fija la mirada en un punto del cielo ó de la tierra, veía pasar ante su vista, casi extraviada, legiones de fantasmas, figuras, formas, que no eran de este mundo, que brillaban con luces siniestras, que la miraban con furia reconcentrada, lanzando roncacos alaridos, gritos estridentes, retorciéndose de inconcebible modo, con ruido espantable de huesos que se dislocan ó se rompen. Aquella niña débil y nerviosa, vibraba toda; su organismo se estremecía, temblaba, acabando siempre la horrible obsesión, con un sollozo entrecortado y luego con lágrimas candentes, que, al salir de los párpados, la abrasaban las mejillas.

Entre todas estas sacudidas de los nervios, Elena se desarrolló enfer-

miza. Su sangre, pobre, comunicaba á su carne una blancura nívea, una palidez extraña, que, á no verla, parecería imposible.

A los 17 años semejaba un cadáver con grandes ojos negros, circundados de anchas ojeras y rubia casi incolora cabellera; un sér que, por un capricho extravagante de la muerte, vivía en este mundo.

Cada vez más desbocada y á la carrera la extraviada imaginación, se la prohibía de terminante modo que se fijase en nada, y, sobre todo, que leyese novelas. Un día había cogido una que hablaba de románticos y ardientes amores. Elena se hizo acto seguido, más bien dicho, se convirtió ella misma é inconscientemente, en la heroína de aquellos y empezó á no comer, á extasiarse continuamente, á suspirar y á llorar sin saber porqué. Acométiala frecuentemente una tristeza infinita, sentíase agobiada bajo el peso de un dolor inmenso, cruento, y entonces, solo las lágrimas que vertía en silencio y á escondidas, eran su único consuelo.

A pesar de la prohibición, Elena no se corregía, ni había medicina ni procedimiento capaz de contener los extravíos, cada vez más indicados, de su constitución enfermiza y anémica.

El amor, con sus alas misteriosas y doradas, tocó en el corazón de Elena; al sentirlo en su sér, fué acometida de un tan grande sentimiento al par que de tan extremada alegría, que saltándose el pecho, cantaba y lloraba, y sus sollozos se mezclaban con carejadas, y las lágrimas, con gritos de placer.

Los nervios de aquella niña nerviosa, la iban poco á poco consumiendo. Su carne se espiritualizaba, se acentuaba su cadavérica palidez de manera asombrosa.

